

EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

LA GLORIA DE DON RAMIRO.
Por Enrique Larreta.

Ha muerto silenciosa y discretamente Enrique Rodríguez Larreta en la ciudad de Buenos Aires, cuyas tradiciones, piedras congojosas, fantasmas llorosos, cantara en un libro de sonetos de dudosa calidad literaria. Puede afirmarse que Larreta había muerto hace mucho tiempo. Desde que dio la última hornada en su trabajo de *La Gloria de Don Ramiro*, quedó cegada esa fuente. Sin posible evasión. Lo que vino después fue fruto aporreado, breves destellos de su ingenio. Ahí tenemos su novela *Zogoibi*, tan lamentable como tema americano y pampero. Unos personajes de acuarela que carecen de fuerza, pasión y destino. Muñecos frustrados e incoherentes. Literatura de tarjeta postal. Lo mismo diremos de *Tenia que Suceder* y *Orillas del Ebro*. Libros secundarios, que no agregaron una sola luz más a la diadema cuajada de *La Gloria de Don Ramiro*.

Este libro pertenece por derecho propio a la gran literatura de nuestro siglo. Larreta se documentó durante ocho años para escribirlo. Indagó en las esencias españolas, en el alma desértica de algunos personajes, en la pesadumbre de tiempos y fulgores marchitos, en la sequedad de un paisaje donde alumbraba apenas el inquisitivo sentimiento religioso, la peana que se humedece de lágrimas. De mujeres sarracenas, de cristianos dolientes, de la gran soledad afilada y tétrica de Felipe II. Nadie puede desconocerle a Enrique Larreta el haber labrado un libro de claros fulgores. Claro está que sin llegar a la belleza formal de Flaubert, pero sí con todas aquellas maravillas y resonancias del castellano que se hace combustión, río y piedra miliar a través de los capítulos de la obra. Todo en *La Gloria de Don Ramiro* obedece a un ritmo interior, a una maceración. Nada en aquellas hermosas páginas se dejó a la fácil adivinación, al juego de las palabras, a la simple inspiración. Todo tiene su parva medida, su luz quieta, embelesada, sangrante como el reflejo del zafiro.

Es un libro ascético, que tiene una dirección intelectual. De una templanza maravillosa. Las palabras están embridadas. En su justa medida. En su altanero silencio. Arcaísmos, amortiguados reflejos crepusculares. Campanas rotas y aciagas. Y Ramiro como una flor de ternura que se abre entre ganteletes, rezos, silente ternura.

La España dramática, la de Ribera y Goya y Velásquez, se hace presente, convocada como en un rezo. Y también la de los Cristos tumefactos, que movieran el pensamiento y el estilo de Mauricio Barrés. Densidad y temperatura tiene esta obra, que fue como una especie de Biblia en nuestra juventud.

Como decíamos, nunca pudo Larreta superar este monumento literario. Todo lo demás fue caricatura. Pero conservó hasta su muerte una altiva dignidad y movió su pluma por la defensa del espíritu.

Ahora ha muerto con su altiva y desdeñosa soledad. Acaso tuvo la seguridad de su fracaso posterior. Nunca lo dejó traducir. Sabía ser digno en todo. En el buen vino, en la buena mesa y la anchurosa conversación. Nos dejó una obra que perpetuará su nombre en las letras castellanas. Y esto es bastante en este tiempo del desprecio.

BAJO EL ALEGRE CIELO.

Por Rafael María Rosales.

La magnífica Biblioteca de Autores y Temas del Táchira, Venezuela, ha publicado esta nueva obra del escritor Rafael María Rosales. Nacido en Rubio una bella ciudad del Estado Táchira, Rosales ha cumplido una intensa labor literaria que le señala perfiles propios en el mundo de las letras de su patria. Honesto, inteligente, compenetrado con el accidente espiritual y físico de sus Andes, su prosa ha tallado retablos iluminados, nobles maderas cinceladas, estatuillas de bronce para colocarlas en el ara cándida donde numera las virtudes de los dioses benignos. Porque Rafael María Rosales se ha convertido en un cronista de las ciudades del Táchira, un memorioso y armonioso cantador de las gestas, esperanzas, amores, padecimientos y aspiraciones de su pueblo.

Pero no se trata de un cronista de prosa yerta, de aquella que exhala un vago aroma de museo, de cosa sepultada, de esencia evaporada. Por el contrario, su estilo es dinámico, cargado de pasión nacional, entonado, con cierto aire de himno. Porque ha sentido lo propio, la peripecia del hombre cuando se encuentra ante la vida, los seres y el paisaje como ante una deliciosa aventura. De ahí la musical belleza de las páginas que integran este volumen que hemos recibido de su autor, con quien, nos une una amistad desinteresada, nacida del diálogo fecundo, lejos de toda vanidad. Rosales honra, lo hemos afirmado aquí, el trabajo intelectual de quienes en Venezuela se han propuesto dignificar la vida espiritual del hombre, su hazaña y su memoria. Hermosas páginas donde el escritor ha vertido un mundo que ha visto en torno, pero que ha sabido traducir en estilo de alta calidad, dorado fruto de una equilibrada madurez. Porque en estos tiempos, bajo el ala del viento, cuando no existen caminos de regreso, el escritor tiene que ser un testigo, un ser que se crucifica por enseñarnos lo poco que resta aun para no desesperar de todo, ni perder la brújula que ha de llevarnos a los ideales puertos donde la bruma tenaz guarda ciudades de encanto, construídas con la esencia de los sueños.

Magnífico libro este que honra a Venezuela y cuya lectura recomendamos como un agua pura, que lava de todo pecado.

MARTÍ, EL APOSTOL.

Por Jorge Mañach.

Colección Austral—Buenos Aires.

Ha muerto Jorge Mañach en el momento en que su Patria gime bajo una de las más atroces dictaduras de todos los tiempos. El que fuera un espíritu abierto a todas las inquietudes de la libertad, por la cual padeció destierros y por cuya victoria comiera el pan negro de los exilados, tuvo que cerrar los ojos definitivamente lejos de su bella Isla, lanzado de allí por Fidel Castro y sus secuaces. Porque el caso intelectual de Jorge Mañach es apasionante. Combatió siempre por la dignidad humana, por la vigencia de valores morales que hacen de la vida un apólogo. Toda inquietud espiritual de Cuba, durante cuarenta años, contó con su magisterio integral. Con su acento hondo, su palabra cavilosa, su atención grave, profunda, vital. Pertenecía a la raza de los grandes escritores americanos que han sido también testigos y mártires de su esperanza.

Ahora, cuando se ha doblado su cabeza y sus manos están yertas en la total ausencia de todo dinamismo, releemos su espléndida biografía de José Martí. ¡Qué acento el suyo! ¡Qué diafanidad para fijar el rostro del mártir! Un libro que debe ser conocido como alta cátedra de civismo, de prosa rica en hallazgos verbales maravillosos, de noble plenitud humana. Porque fue eso Martí; un creador, un suscitador de esperanzas, un prócer americano que rompió cadenas, pero también supo embridar el entusiasmo negro, mulato o mestizo, para fijar una serie de normas que no sirvieran para nada diferente a trazar el esquema ideal de la Patria. Y como Martí, comportáronse a su altura, sintiendo su íntima ternura que chorreaba mieles en un idioma de Castilla relampagueante, fue Jorge Mañach. Enamorado de ideales, de empresas superiores, de aquellas que dignifican al hombre. El sí pudo decir con Albert Camus: "No lloréis la muerte del espíritu, luchad por él".

El Martí que escribiera Mañach es acaso el libro más importante que se ha escrito sobre el prócer. En segundo término los estudios de Lizaso y Marinello. En esta Biografía asistimos a la angustia del Héroe, su pasión de libertad, su defensa de la Independencia, pero también su cátedra, ya que la cátedra martiana es con la de Bolívar, la más profunda escuela de reflexiones éticas para los pueblos ibero-americanos.

En el camino de encontrar a Martí, apóstol, forjador, poeta, será siempre necesario acudir a esta Biografía de Mañach. Porque el quehacer martiano, su lucha por defender lo autóctono con esencias literarias prestadas de la solera rancia de España, aclara y fija su rumbo, su determinación moral, su pensamiento. Mañach sabe conducirnos por caminos inéditos, por aquellas escondidas sendas por donde se puede conocer la unidad de Martí y su vigencia en todo lo americano. Espléndida lectura que nos hace suspirar por una Patria libre, sin terrorismos soviéticos, hermosa y pura como la soñara el Apóstol.

Como decíamos, Mañach ha muerto en el exilio. Pero algún día sus huesos han de volver a Cuba, para que se dignifique el aire de la Patria y la libertad esclavizada recupere sus himnos y sus banderas.

A L M A.

Por Blanca Isaza de Jaramillo Mesa.

Manizales—1961.

Ampliamente conocida de todos los colombianos es la obra literaria de la señora Blanca Isaza de Jaramillo Mesa. Ha sido esta dama una pregonera de la cultura en el Departamento de Caldas, al lado de su esposo. Han corrido parejas sus inquietudes literarias, lo cual les ha permitido darnos la lección de un gran decoro intelectual, de una noble pasión por temas trascendentes, por algo más digno que el simple yantar. No se trata aquí de juzgar los valores auténticos de la poesía de Blanca de Jaramillo Mesa. Simplemente queremos destacar su labor como digna de ser admirada por los colombianos. En un país como el nuestro, donde todo esfuerzo dura lo que una rosa, este servicio honesto y franciscano de los esposos Jaramillo Mesa, es algo que se convierte en cátedra viva, en esfuerzo constante que tiene que otorgarnos frutos para la cultura colombiana.

Este libro *Alma*, traduce en el solo título la emotividad de su autora. Se trata de versos de diferente factura, sonetos romances, verso libre. Pero todos ellos obedecen a cierta pausa sentimental, a una especie de quieto fulgor que es como la luz que cae suavemente de una pantalla familiar para iluminar el camino de los cuentos o la búsqueda de la belleza en un libro hermoso. Una poesía hecha de ternura, alimentada por ciertas normas estéticas que para muchos puede carecer de vigencia y anclaje en este mundo crepuscular y angustioso, pero que nos lleva a comarcas donde es dulce soñar y ver pasar las nubes. Un regalo para la sensibilidad y para los nervios trizados por un mundo de congoja, de mentira y de fatuidad en todos los órdenes.

Alma, si carece de hondas virtudes poéticas, tiene la frescura de un cántaro de agua clara, de aquella que baja cantando por montañas, cuando amanece el mundo y el paisaje es una poma madura de luz.

Bien venidos estos poemas de una escritora de mérito y de firme presencia en las letras colombianas.

LA CASA DONDE TERMINA EL MUNDO.

Por Cecilia Pérez.

La Casa donde Termina el Mundo, es un extraño libro. De todas sus páginas fluye una redóndita musicalidad. La actividad lírica de la autora nos lleva de plano por remotas praderas donde vagos fantasmas tejen sus sueños. La escritora sabe alimentarse de una cruel soledad. Tiende inútilmente las manos hacia un mundo de formas y hechizos. Su labio se quiebra en la plegaria. Ella, viajante por el nocturno sueño, contempla aquella sucesión de imágenes y de formas que huyen, que siempre se alejan. Lúcida y melancólica, asiste a este yermo paisaje de almas calcinadas. Qué memorosas evocaciones arrancadas de la noche. Los ingrátidos vestidos con los cuales se visten los fantasmas y los árboles, no le devuelven la tangible realidad. Por eso mismo, la escritora con sus dolientes personajes, se encuentra al borde del cielo, en un clima tan puro que puede trizarse con el aliento de la doncella. Todo en este breve libro, es breve, distante, lacerante. Le-

janias como el temblor de esquilas. Vegetaciones que nos tienden sus redes. Lejanas bocas que aromó el beso. Ceniza y crepúsculo. Llorar por memorias ingravidas, parece ser el lema de esta magnífica escritora. Estos cuentos, tienen una fina belleza que no se reduce a la forma, sino que se evapora como el humo de un pebetero. Y cuando el sueño termina, siempre la realidad cruel, el enigma que se padece, las cosas inmóviles, sumergidas en la sombra. Bellas páginas y alucinantes las que ha escrito Cecilia Pérez. Nada de regreso cuando lo esperamos. Ni la mujer amada, ni la música olvidada, ni siquiera un crepúsculo para encender la pipa marinera. Todo tiene que disolverse, nada permanece, estamos condenados al destierro y masticar la raíz amarga del sufrimiento. Esta lección casi poética se desprende de este libro, tan ejemplar, tan bellamente escrito, tan digno de elogio simple, sincero y verdadero.

"40 AÑOS DE OPINION".

Escritos Políticos.

Por Aquilino Villegas.

Manizales—1961.

Aquí tenemos en este volumen el pensamiento político de uno de los más poderosos maestros de la prosa castellana por tierras de Caldas. Porque Aquilino Villegas fue todo un espectáculo humano: Vos tronante. Gesto amplio, de sembrador. Poderosa argumentación. Sentido espiritual del mundo. Ardida ortodoxia. No creía en los tibios, ni en los neutrales. Afirmativo, polémico, su pluma cáustica y de templada madurez, le sirvió de vehículo a sus conceptos. Era un batallador a campo traviesa. Que no confundía una recua con los Molinos de Viento. Pero que era también capaz de soñar, de esmaltar sus esperanzas con el temblor de la poesía.

Robusta prosa la de este varón ilustre. Repúblico insigne, su nombre está vinculado a toda una época de polémicas políticas, cuando se ejercía casi un magisterio con las ideas. Primero el ideal y después las alforjas. No este materialismo de ahora, en que todo se traduce en egoísmo, vanidad y torcidos fines. Aquilino Villegas era temible como combatiente de la ortodoxia. Conocía los sitios débiles de sus adversarios y apuntaba su jabalina con precisión pasmosa. El Parlamento colombiano lo vio levantarse muchas veces como un león para defender hombres, teorías, normas de vida. Tenía un concepto firme, de roca, de su patria y sus destinos. Para servirla se renovaba diariamente con fervor de catecúmeno. Por eso mismo se vio envuelto en polémicas, en románticas justas por la libertad y el orden. Para él la licencia y la demagogia constituían el cáncer de nuestra democracia. Batalló por la dignidad imperial de la Ley, de la jerarquía, de un sistema de conceptos que le dieran orden a Colombia, para no precipitarla en la anarquía.

Poeta brillante, amó el parnasianismo y muchas veces como un Cincinato colombiano, se detuvo junto a la fuente de verdor perenne donde Pan, lloraba por sus símbolos rotos. Su cultura era vasta y auténtica. Por eso mismo podía dialogar sobre temas del mundo y del cielo. Forjar un raciocinio bronceado o recitar un verso de temblorosa cadencia. Hombre integral en el mejor concepto. Su oración a la Catedral de Manizales, ha de perdurar como una de las mejores joyas de la literatura colombiana. Esplén-

dido escritor de esas páginas testimonió su amor a Cristo y a sus vitrales góticos. Fue un hombre cabal y un varón sin miedo y sin tacha.

Este volumen de sus prosas políticas nos trae el sabor de un ayer esforzado y valiente. Cuando se emprendían generosas jornadas por la ideología política y el hombre creía en el espíritu y no conocía más directriz que la de su diamantina conciencia.

Recomendamos este volumen a los lectores del Boletín.

TENER Y NO TENER.
por Ernest Hemingway.
Editorial SURAMERICANA.
Buenos Aires.

Estos personajes de Hemingway son crudos, bellacos, cínicos. Jugaron la partida de la vida y la perdieron. Por eso mismo son tahúres, piratas, frívolos. Para ellos vivir es exprimir los últimos jugos del placer y de la aventura. No se recatan. No conocen el matiz, la línea ondulante, el rezo. Carnales, báquicos, lujuriosos, corren el mundo dejando parte de su alma diabólica en mesas de juego, en noches de alcohol, en tufaradas de vicio.

Acaso uno de los mayores aciertos del escritor que acaba de morir en forma tan extraña, fue la de entregarnos a sus personajes en una especie de desnudez adámica, como en la primera mañana del mundo. Así este Harry Morgan, de Tener o no Tener, para quien la vida, como en el poema de León de Greiff, se puede cambiar por una baraja, por una pantera, por una lámpara vieja, "de todos modos la tengo perdida". Hemingway no era un escritor de sabidurías idiomáticas. Pero era una fuerza vital tremenda, un cataclismo. Así son estos personajes que vagan por sus novelas con el alma en vilo, sin ataduras a la tierra, bellacos, que desprecian el orden convencional.

Como esta ululante tropa de naufragio de Tener o no Tener, una de las mejores novelas de su autor. Es preciso desnudarse de todo convencionalismo, de mitos abolidos, de reglas para el juego. Se tiene o se carece de posesión. Por los bienes humanos y por las cosechas y vendimias —uvas o rojas bocas de mujer—, es preciso tirarlo todo, a la aventura, en una excitante caza. Y como sus personajes el gran escritor norteamericano vivió frente al peligro, cazó tigres, se desplomó en aviones, estuvo en el lodazal de las trincheras, testificando así su fuerza ciclópea, su naturaleza que era como una fuerza ciega y deslumbrante. Por eso mismo llegó a los ruidos a pisarle los terrenos al toro. Porque la tauramaquia es diálogo de muerte entre el torero y el toro, mientras la muerte sopla su carrizo entre los árboles.

Releer a Hemingway es sentir la plenitud del mundo en sus días iniciales, bajo la mirada de Dios.